

EL DOMINE LUCAS.

SALE
UNA VEZ
AL MES.



VEINTE
REALES
AL AÑO.

enciclopedia pintoresca universal.

España y los Estrangeros.

V.



o es mi designio trastornar las artes por defender las obras de los españoles. Venero el sagrado fuego del gran Marou, y aplaudo la destreza con que, copiando á Homero hasta en sus defectos, aumentó la divinidad, por decirlo así, al inexacto número de aquel gran padre de la poesía. Mas si los hombres deben apreciar los ejemplos por la utilidad, tengo para mí que el que disuade una guerra civil á un pueblo inclinadísimo á ella, no es muy inferior al que magestuosamente ensalza por hazañas heroicas la usurpacion y la perfidia. No sea, en buen hora, poeta épico el jóven Lucano: pero sea el poeta de la verdad: sean sus libros la leccion de los reyes, el escarmiento de la ambicion, el código de la política, y España se satisface con este mérito de su patricio. El destino de esta nacion es el de enseñar en todo, y el de no jactarse de lo que enseña. ¿Por cuán grande hombre no pasaria hoy Lucano, si habiendo sido privado, con nueva é inaudita pena, de la facultad de escribir versos por la cruenta envidia de Neron; habiendo despreciado al tirano con osadía propiamente española; habiendo en fin intentado salvar á Roma de tan nefario monstruo, perdiendo la vida por la felicidad del imperio y de la poesía; hubiera juntado á estas glorias la de no haber nacido del lado de acá de las columnas de Hércules? Se digera entonces que su Farsalia es un portento, atendida la edad que contaba cuando la escribió: que su espíritu es inimitable en la viveza de las sentencias, su pincel en lo expresivo de las imágenes: digérase que sin duda

era genio muy superior al lento de Virgilio, el que en el siglo de la corrupcion de la poesía conservó la grandeza de esta hasta disputar el trono al admirable copiante de Homero, y tuvo suficiente fecundidad para desempeñar originalmente su argumento sin valerse de lo que la decencia llama imitacion, y es en la verdad evidente plágio: digérase que acabando el pueblo romano de experimentar los horrosos males que produce la discordia civil, ninguna obra le era mas conveniente ni necesaria, que una viva descripción, en que animado el terror con la vehemencia enérgica de la poesía, hiciese aborrecible á los ciudadanos la bárbara ceguedad de convertir las armas contra sí mismos.... ¡Infeliz jóven! no te bastó que Neron te sacrificase por excelente poeta: te esperaba todavía la persecucion de los modernos nerones de la literatura.

EL PUERCOESPIN Y LA TORTUGA.

FABULILLA.

Ufano con las puntas erizadas que en su cerdosa piel áspero ería, de esta manera, razonando á solas, el puercoespín decía: goce el toro en sus hastas, ó presuma de su pata el caballo: ¿qué es su coz comparada con mi pluma (1) cuando con ella furibundo estallo?

La tortuga que oía lo que el toimado puercoespín decía, de cobardia agena asomó por la concha el corvo hocico, y le dijo riendo: «Enhorabuena! pero, amigo, es el chasco que metiéndome yo dentro del casco, no ha de dañarme, aunque se vuelva mico, siendo la sola yo, con tal tesoro, que ni le temo á usted, ni temo al toro, ni la coz del caballo ó del borrico.» Desde que oí la bella leccioncilla que te dió al puercoespín la tortugnilla, cuando algun botarate se me atreve de los que insultan con afán extraño,

(1) Las puas del puercoespín son cañones de pluma segun Buffon.

y con driasivas juzga hacerme daño,
y camorra satirica me mueve,
suelo decirte así: uno sea terco,
ni se cause en herir, si bien repara,
que tengo conchas cuando usted dispara,
y soy tortuga impenetrable al puercu.»

MICHEL AGUSTIN PRINCEPE.

Fisiología humana.

DE LA ESTATURA.



A especie humana ofrece muchísimas desproporciones de estatura, que dependen algunas veces de la edad y otras veces caracterizan á un individuo en todos los periodos de su vida. En la niñez el tronco es muy voluminoso é igualmente la cabeza que contrasta singularmente con las extremidades evidentemente cortas. Al salir de la infancia, al contrario, algunos presentan brazos y piernas de desmedida longitud, con el tronco muy corto y la cabeza pequeña: tales son muchos jóvenes desvaídos, altazos y endeblés, á quienes se da el nombre de gambalúas, por que son muy análogos al avestruz y á la grulla.

Vense tambien gentes de brazos largos y caídos y de piernas cortas y zaibas, como los monos gibones ó zaibos; otros, al contrario, llevan al parecer en zancos un cuerpo menguado y brazos cortos, bien así como el kangaró. Estos, cuando andan, parece que brincan descompasadamente.

Tambien hay individuos de cuello largo con las espaldas rebajadas ó hundidas, lo mismo que los anares ó el cisne de Leda; los hay lomianchos y recogidos en su baja gordura, de suerte que su cabeza aparece hundida debajo de sus anchos hombros, bien así como en el toro, indicio de fuerza, y á veces fatal pronóstico de constitucion apoplética.

Harto conocidos son el pecho encogido y angostado, y los hombros á guisa de alas de los tísicos; los individuos robustos presentan una caja cuadrada, en la cual se franquean holgadamente sus anchos pulmones; son lujuriosos por temperamento, ordinariamente irascibles pero volubles, y propensos á las aneurismas del corazon y de los vasos mayores.

Generalmente hablando, los individuos mas recogidos son de proporciones mas anchas y recias que los individuos demasiadamente altos, quienes por lo comun son endeblés y desvaídos; como que la misma cantidad de materia se halla en unos distribuida diversamente que en otros; con todo el resultado es muy distinto.

El hombre de corta estatura tiene el pulso mas frecuente que el de elevada talla; porque volviendo la sangre con mas prontitud al corazon, los vivientes chicos egerecen todas sus funciones con mayor actividad que los grandes. Esto es evidente, si colejamos el raton con el elefante, el morneco con el toro, el gorriou con el ansar, etc. Así pues los medros se acabalaran antes, la pubertad será mas anticipada, la generacion mas frecuente, el individuo quedará desahinado ó consumido en menos tiempo, ó en otras palabras, será su vejez mas temprana; su vida descollará en general con mayor pujanza, pero tambien será mas corta, segun lo acredita la experiencia, que en las especies grandes; fuera de lo dicho, las enfermedades de los individuos de corta estatura son por lo comun violentas, agudas, intensamente inflamatorias, y sus periodos aparecen igualmente mas egecutivos.

Contrarios efectos se echan de ver en los individuos de estatura alta, desvaída y floja, cuya languidez ó indolencia asoma en todos sus movimientos. Es muy cierto que tan extraordinaria prolongacion de las fibras indica estramada flojedad y humedad, puesto que sin estas circunstancias no adquiriera el cuerpo tanta estension. Por otra parte, la sangre que recorre unos miembros tan distantes del centro, vuelve mas languidamente al corazon; así es que el número de pulsaciones es mucho menos frecuente en los gigantes que en los enanos. Tambien es de advertir que el calor animal es muy débil en los individuos altos, porque se halla en demasia desparramado. Siguese de ahí que los tales egerecerán todas las operaciones de la vida con lentitud y flojedad; y mientras que los hombres pequeños manifiestan sobrada desenvoltura, vemos que los altos no piensan y no se animan hasta una hora despues que recibieron la primera impresion; de ahí dimanar la indole desidiosa, la sencillez y el candor que distinguen á los hombres altos y gruesos. Los antiguos emperadores romanos formaron una guardia de Helvecios y Germanos de altísima estatura; porque sin duda habian notado que estos hombres rubios y de descomunal talla y corpulencia eran de esceleate pasta, incapaces de dar oído á la traicion, y fielmente adictos al que les paga y no les escasea el mantenimiento. Por otra parte, su bella presencia y sus robustos hombros daban realce á la pompa militar y brillo en las paradas, é imponian respeto á la muchedumbre. Con todo ya ha probado la experiencia que las estaturas medianas muestran en las batallas mayor pujanza y ardimiento; por cuanto aquellos cuerpos desmesurados de los septentrionales se derriten como la nieve, segun ya decian César y Vejecio, en los climas cálidos, cuando se les manda la menor evolucion militar.

Fuera de esto, los individuos de alta estatura tienen la pubertad tardia; y como vegetan mas que viven, gustan del reposo y del sueño y permanecen agenos de todo impulso arrebatado, dilatan ordinariamente su vida mas que los hombres pequeños. Tampoco despuntan sus enfermedades con un caracter tan agudo é inflamatorio; bien que por otra parte suelen acosarlos mas que á los otros defencias crónicas de trabajosa curacion y de crisis desconcertada.

DESTELLO.

A mi amigo D. Eulogio Florentino Sauz.

(AL EMBESTIR.)

Cuando suelo la rienda á mi caballo
Y alas te pido al viento,
Salta la lumbre y bajo el ferren culla
Retiembla el pavimento.

He roto ya una lanza en la muralla,
Con sangre el campo humea:
Ante el soleme horror de la batalla
Mi espada ventellea.

Ladrad, canes, ladrad! — Yo, en vuestra frente
Clavando el ancho escudo,
Al son del trueno, en mi alazan valiente
Caceré con golpe rudo.

Paso! yo voy! — Ensoordiendo el monte
Relumbe mi amenaza.
Veis?... Ese sol, sangriento en su horizonte,
Relumbra en mi caraza.

¡Ay del que, á la honda voz de su ardimiento,
El hierro, audaz, blande
Y, en pos del rayo, en su furor violento,
Se lanza en la pelea!

¡Yo basto á hundi la endosal muralla
Do su pendon tremola...
¿No ha de ceñirme el triunfo en la batalla
Con su brillante aureola?

La hirviente faz, con los escumbrós rota,
Resuena el ancho tierra.
Guay! — Ya á los vientos destumbrando flota
Mi pabellon de guerra.

FRANCISCO CEA.

TEUDISELO U TEODISCLO.



A traición cometida por Teudiselo, vendiendo á los franceses del ejército de Childeberto la fuga y libertad en las angustias de los Pirineos, tan en perjuicio de los godos y del soberano á quien servía, podía haberles dado á conocer la bajeza de su espíritu, haciéndoles ver

cuán á propósito era para la dignidad real, quien carecía de la nobleza de ánimo necesaria para despreciar los intereses privados en tanto daño de los públicos: pues había manchado su conducta y fama con una especie de felonía tan reprehensible.

Con todo eso, ó fuese que la cautela y reserva con que efectuó aquel trato estorbó que trascendiese al común de aquella nación, ó que él se hubiese sabido formar un partido superior al que pudiese reclamar estas nulidades, ó que lo ilustre de su sangre, siendo sobrino de Totila rey de los ostrogodos en Italia, alucinase á muchos, como no pocas veces sucede, fué proclamado rey luego que se verificó la infeliz muerte de Teudio.

Y como no hay cosa mas cierta, que los vicios por un secreto magnetismo se atraen y encadenan unos con otros; apenas ascendió al trono, cuando, juzgándose en aquel alto lugar esento de la censura pública, empezó á descubrir que no estaban en su corazón sin compañeros los vicios de la avaricia y ambición que había manifestado anteriormente, hallándose en el estado de particular.

Atropellados los respetos debidos al sagrado lazo de los matrimonios, no solo manchaba con la mayor publicidad y ostentación los tálamos de los mas nobles y distinguidos vasallos de su reino, sino que uniendo á su lascivia abominable la mas sanguinaria crueldad, ó mandaba dar muerte á los infelices que se veían en la miserable situación de defender unos derechos tan justos contra la violencia de su tiranía, ó descendía al bajo artificio de hacerlos acusar por pagados delatores, como reos de atroces delitos; creyendo así disimular su desenfreno, ó pensando acrecentar con la calumnia la pena de los que honradamente habían resistido á sus torpes designios. Tiempos infelices en que no solo no se respeta la virtud, sino que

se buscan arbitrios para hacerla pasar en público por delincuente.

Estas abominaciones repetidas, con el desenfreno á que daba lugar el considerarse exento de reconvención y residencia, ostigaron de tal modo á aquellos mismos que se habían unido al principio inconsideradamente para elevarle al trono, que se juzgaron obligados á satisfacer á las familias desgraciadas que habían sido víctimas de su lascivia, y al resto de la nación que rigamente había deferido al capricho de los mas poderosos en su elección.

Para el logro de este designio dió ocasion oportuna el mismo desorden en que el rey vivía. Los banquetes le usurpaban gran parte del tiempo, y de ellos sacaba siempre incentivos para su mas dominante vicio. En una noche, pues, en que celebraba acaso la mas opípara de sus embriagueces, asistido de sus favorecidos y privados, apagando estos de repente las luces, temiendo sin duda la justa reconvención que podía Teudiselo hacerles al ver que le acometían aquellos mismos que habían hecho el mayor empeño para darle el reino, le dieron muerte á puñaladas pensando lavar con su sangre las manchas que su incontinencia había echado sobre la mas pura nobleza de aquella nación.

Su reinado fué de corta duracion, pues se coronó en la Era 586, año 548, y murió en Sevilla en la Era 587, año 549, no habiendo gozado la corona mas de diez y ocho meses, aunque algunos le señalan diez y seis.

¡UNA NOTABILIDAD!

Sepa toda la ciudad
¡Oh fortuna!
que me he casado con una
Notabilidad.

Resuelto á entrar en el gremio,
un día en una tertulia
me enamoré sin premio
de la interesante Julia.

Nadie culpárame mi gusto,
porque Julia es un portento.
Además del bello busto,
¡qué donaire, y qué talento!

Pues, ¡digo! ¿y su calidad
solariega?

Desciende de palaciega
Notabilidad.

Y para bordar cogines
¡qué primor el de su mano!
y cuando canta al piano
la envidian los serafines.

A penas al suelo toca
su lindo pie cuando valsa,
¡y tierna en aquella boca
un gracejo y una salsa...!

Y aquella amabilidad,
aquel modo....

Ella es en todo y por todo
Notabilidad.

Al cabo de un mes, — no tuve
arbitrio de hacerlo antes:
me lo estorbaba una nube
de moscones elegantes. —

A la vuelta del teatro
la declaré mi pasión,
por cierto que mas de cuatro
me envidiaron la ocasion.

Es claro; rivalidad
nunca falta

cuando se trata de una alta
Notabilidad....

A mis frases cariñosas
por toda respuesta da:
Caballero, yo.... Esas cosas
se han de tratar con mamá. —

Y dado que la convenza,
repliqué, ¿podrá mi llama.... —
¡Jesus! me da una vergüenza....,
volvía á decirme la dama.

Mi corazón, en verdad,
no es de roble,

mas ¡la hija de una noble
Notabilidad....!

Acudo á la madre, pues,
con la propuesta de uzaño,
y la aceptó Doña Inés

contra toda mi esperanza,
 Y es que de reyes no tengo,
 y soy feo, ¡doble afrenta!
 mas supo mamá que tengo
 treinta mil duros de renta;
 Y con esa cantidad
 un vestigio
 es tambien en este siglo
Notabilidad.
 No faltó quien á mi bella
 acusase de perfidia.
 Yo, bendiciendo mi estrella,
 clamaba: ¡chismes! ¡envidia!
 Tuve empero un desafío
 por ella, y sufrí un pinchazo.
 ¡Válgate Dios, dueño mio,
 dige vendándome el brazo!
 Es una calamidad
 tu hermosura.
 ¡Cuánto cuesta una futura
Notabilidad!
 Curado, al fin, de mi chirlo,
 esperé casarme.... á escote;
 mas con dulzura de mirlo
 dijo Doña Ines: no hay dote.
 ¿Lo ha menester, Dios eterno,
 su atractivo y su nobleza?
 Vístela, dichoso yerno,
 de los pies á la cabeza.
 Ni el tesoro de Bagdad
 es bastante
 para comprar semejante
Notabilidad.
 ¿Qué habia de hacer? Mi pecho
 ardía como una fragua....
 Dige para mí: esto es hecho;
 casémonos; ¡pecho al agua!
 ¡Y daba yo cada brinco
 de gozo.... ¿Quién se incomoda
 los cuatro dias ó cinco
 que dura el pan de la boda?
 Mas pronto ¡oh fatalidad!
 ¡oh desdicha!
 Víctima fui de la dicha
Notabilidad.
 ¡Qué terrible menoscabo
 en mi dinero, en mis bienes...!
 ¡Y me llamaba indio bravo
 si escatimaba sus trenes!
 Y si osaba poner coto
 á sus instintos soberbios,
 ¡qué clamores! ¡qué alboroto!
 ¡qué convulsiones de nervios!
 Porque de esa enfermedad
 no se exime
 quien blasona de sublime
Notabilidad.
 Palco diario—¡yo gimo!
 para ópera y minué;
 y se sentaba su primo;
 ¡y yo me estaba de pié!
 Ya se ve; no hallaba dónde
 aunque sentarme quisiera;
 y, además, su primo es conde
 y yo soy de baja esfera.
 Es falta de urbanidad
 que uno mande
 en presencia de tan grande
Notabilidad.
 Al tocador de Julieta
 asistía el susodicho.
 ¿Era esto ser coqueta,
 ó un inocente capricho?
 Mas, aunque él entraba allí
 francamente á cualquier hora,
 solian decirme á mí:
 no recibe la señora.
 ¿Qué tal, amigos? ¡Tomad
 por consorte
 una á quien llame la corte
Notabilidad!
 Pronto Julia en pena negra
 cambió mi amante delirio,
 y no hay decir si la suegra
 contribuyó á mi martirio.
 Renegado del consorcio
 en romperle me deleito:
 pongo pleito de divorcio
 ¡y pierdo costas y pleito!
 ¿Qué discreta autoridad
 atropella
 á tan ilustre y tan bella
Notabilidad?
 Tanta injusticia me quema,
 y tanto el primo me abrasa,
 que acudo á la estratagema....
 de fugarme de mi casa;

Mas por que no me persiga
 y me ponga una querrela
 mi dulce y notable amiga,
 hago un contrato con ella.
 Y dándola por mitad
 mis monedas,
 ¡adiós! la digo. ¡Ahí te quedas
Notabilidad!
 ¡Feliz tú, oh Fabio, que gozas
 de independencia en amores,
 y así varias de mozas
 como la abeja de flores!
 Para que un día no pases
 mas que Jesus en el buerto,
 ¡no te cases, no te cases!
 ¡Experto crede Roberto!
 O si entrar en la hermandad
 es tu luna,
 no te cases con ninguna
Notabilidad.

M. BRÉTON DE LOS HERREÑOS.

EL ROPAVEJERO.



¡ aquí un tipo verdaderamente español, el ropavejero. — Y no es que no haya quien ejerza tan honrosa profesion en países estráños, sino que las precedencias madrileñas tienen un carácter particular, por la concurrencia de circunstancias locales que contribuyen á rellenar sus ámbitos, lo mismo con los desperdicios del cesante y de la muger prostituida, que con los derechos del magnate y la matrona del gran mundo. Pasad si no la vista por el cuadro que ofrecen los infinitos ropavejeros que pueblan el Rastro de esta corte, y decidnos si en aquel rastro, ora macilento ó alegre, pero siempre pensador ó sarcástico, no encontráis un sello particular de inteligencia; decidnos si en aquella mirada fija ó incierta, segun la conveniencia del momento, no encontráis la filosofía de una profesion, en cuyo ejercicio aprenden los hombres mas que en las aulas de nuestros colegios, ó en las cátedras de nuestras universidades. Los ropavejeros son el centro comun de las desgracias de la humanidad, donde van á estrellarse todas las niñerías, todas las calaveradas, todos los deslices, todas las pasiones, todos los crímenes del hombre. Y como, segun el vulgar axioma, en las desgracias es donde mas se aprende, el ropavejero que se ejercita con todos los desgraciados de la corte, aprende los mas recónditos secretos del corazon humano; así que no titubearémos un momento en darle el dictado de filósofo por esencia. Convencidos, pues, en que puede con justicia ser aplicado este titulo al ropavejero español, deduciremos sencillamente la verdad de lo que íbamos diciendo al comenzar este bosquejo, que era el de un tipo verdaderamente nacional; porque aun cuando las pasiones y los vicios sean comunes en el globo, tienen en cada país un colorido particular que los distingue. En Francia por ejemplo un ropavejero no suele dar por lo comun mas que con espíritus vulgares, con gente sándia, que se deshace con la mejor buena fé de cualquiera prenda de su uso ó de cualquiera alhaja, por una necesidad que no encierra ningun misterio, si es que no lo hace por espíritu mercantil, por utilizarse de cosas que no han de prestarle ya otro servicio. Los españoles, ya que otra cosa no conservemos, poseemos esos arranques de generosidad que tan ventajosamente nos caracterizan. Cuando nuestros vestidos se reducen al estado de inservibles, los destinamos á los pobres ó los regalamos á nuestros domésticos, sin acordarnos nunca de que puedan todavía ser materia de un contrato. Así pues, cuando una prenda de vestir, una alhaja, un libro, se presentan en la oficina de uno de nuestros ropavejeros, este paso encierra siempre una escena de pasion, honda y palpitante. Puede suceder fácilmente que esta venta no abrigue otro misterio que una simple necesidad, ó la satisfaccion de un capricho sin trascendencia, pero las mas de las veces acontece lo contrario.

Por lo demas, el sujeto de nuestro tipo es un hombre de una vida tranquila y sedentaria al parecer, y que tiene muchos puntos de analogía con el usurero, cuyas costumbres imitan con la mayor escrupulosidad. A semejanza de su original, el ropavejero vive solo en una buardilla, donde guarda con el mayor afán el fruto de sus constantes vigiliás, y no será extraño que, despues de su muerte, encuentren sus albaceas algunos centenares de medallas aureas de Fernando VI ó Carlos III, sepultadas en el pavimento de su tugurio, ó entre las disimuladas costuras del mas sórdido de sus guñapos; porque el ropavejero es un hombre que tiene el sobrado talento para formar un capital con las miserias de sus prógimos. Antiguo veterano, y actor inutilizado en la primera parte del interminable y sangriento drama de nuestra revolucion, la guerra de la independencia, ha creído, no sin fundamento, que sacaria mejor partido viviendo en su buardilla del Rastro con sus trapos viejos y sus cachivaches, que no encerrándose en el cuartel de inválidos de Atocha. El recuerdo de sus pasadas glorias le ha dado sobrado orgullo para no consentir que su existencia penda de la caridad pública, y confiado en las lecciones de la experiencia y en su instinto económico, ha dado principio á su especulacion, sino con tanto entusiasmo como la mayor parte de los destumbrados accionistas de minas de nuestros dias, con mas probabilidades de buca

éxito. Toda su fé estriba en la lima sorda de su paciencia, y á manera de la cazadora araña, tiende sus redes en el miserable portaluco que ha escogido, y donde irán á contribuir de seguro el *visón* recluta con las galas que trajo de su aldea, los *enfermeros* de los hospitales con los residuos de mil pacientes, y los *imperterritos enterradores* con los despojos postreros de todas las categorías sociales. La estupidez de los unos, la necesidad de otros y el método de adquisición de muchos, hace que el *ropavejero* pueda comprar fácilmente lo que ha de vender despues por un precio centuplicado. Verdad es que no deja de tener sus quebrás este oficio, como lo atestiguan las paredes de sus tiendas atestadas de curiosas antigüedades; mas sin embargo, aun de estos géneros sin salida saca un gran provecho el diestro *ropavejero* en una época determinada del año: el carnaval. Allí asiste toda la chusma del barrio con bulliciosa algazara, y allí dá principio la bacanal estrepitosa que inunda las calles de la capital en semejantes dias, como un río que sale de madre. No hay tontillo ni coña que venga mal á las descocadas Mesalinas del populacho. Toda la hez de los barrios bajos despoja entonces las prenderías, y se arroja al centro de la corte dando rugidos espantosos. El *ropavejero* queda solo en su tienda meditando en las locuras humanas, y sumando maravili por maravili todos los que han de reproducirle aquellos dias de vértigo y de crápula universal.

Otra de las principales cualidades que distinguen á nuestro tipo es la prudencia y el sigilo. El sabe muy bien donde están establecidos todos los garitos y casas de prostitucion, pero no hay que temer que los descubra, porque contempla en ellos los mejores elementos para ejercer su industria. La táctica del *ropavejero* consiste en estar quieto, dejando que obren los demas. Bien puede un conspirador perseguido de cerca confiar al *ropavejero*, porque este sin aparentar las sospechas que desde luego concibe le presentará las prendas mas á propósito para su objeto: el zanquilargo leviton, el cuarteado sombrero de alas inmensas, las gafas verdes, todo lo adivinará su prevision y lo presentará, como si tal cosa, al factor de pronunciamientos y molines. Inventor que no distingue de matices políticos, pues al que por fortuna se encuentra sin él, al que no se ha espangado en el inmundo cieno de nuestras reyertas pútiles, tanto le importa vestir al negro como al blanco. Es cierto que la filosofía del *ropavejero* en semejante caso no es puramente humanitaria, pues redondeando tal conducta en su provecho, tiene una razonable dosis de egoísmo. Pero pensando imparcialmente ¿cuál de nuestras acciones, buenas ó malas, no se encuentra dirigida por ese resorte que, aunque invisible á veces, obra constantemente con nosotros? Apreciemos pues las acciones por lo que son en sí, y dejemos para los imprudentes la averiguacion del móvil que las ocasiona.

Hemos dicho que el *ropavejero* es filósofo por esencia, y la prueba de esta verdad puede encontrarla cualquiera colocándose en su puesto momentáneamente. Vosotros los que buscais en lecturas pasajeras historias que os hagan estremecer á cuadros lastimosos que arranquen lágrimas de vuestros párpados, entrad en la tienda de un *ropavejero* y poneos en su lugar. Na os estremazeis al ver acercarse á vosotros ese hombre repugnante de mirada feroz y estúpida; no le miréis fijamente al rostro, porque temerá ser descubierto y no se arrojara á la prendería. ¡Silencio! ya le tenemos aquí presentándonos un reloj y dos sortijas. ¿Sabéis como ese hombre ha adquirido esas alhajas? Pues bien, os lo contaré brevemente. La noche pasada han encontrado tendido á la puerta de su casa á un respetable padre de familia. Le habian dado una puñalada en el corazon. Hé aquí la historia del hombre de la prendería.

¿Veis esta niña tan interesante que esconde sus lindas facciones bajo un velo liso empolvado y hecho trizas, que camina con incertidumbre y como con miedo, y que enjuga una lágrima y oscurece un momento sus brillantes ojos azules? Pues es hija de uno que fué empleado y despues cesante, y que ha muerto de miseria últimamente porque desempeñó su destino con honradez. El gobierno le debe algunas pagas y le ha dejado morir de hambre. Su esposa se halla tambien á las puertas del sepulcro, y su hija, despues de apurar el trabajo de sus manos, ha vendido sus vestidos, lo ha vendido todo menos su honor. Reparadla con atencion: os presenta su último despojo, la mejor joya que le ha quedado; un pobre pañuelo de la India; y os le entregará por cualquiera cosa, porque los momentos son preciosos y su madre está á punto de fallecer. ¡Ah! esta niña es el reverso del hombre del reloj y de las sortijas; aquel no tenía mas que unas cuantas palabras duras para hacer su negocio. La jóven del pañuelo de la India contará con ingenuidad al *ropavejero* su lamentable historia, y hará resaltar en sus candorosos acentos toda la dulzura y melancolia de un corazon tierno que no ha latido en el mundo mas que por la desventura. Pero mirad al hombre que la escucha: no dará la más pequeña señal de estremecerse, porque está meditando el modo de sacar el mejor partido posible de la desgracia de aquella blanda niña. El *ropavejero* es el confidente de algunas Celestinas del barrio, y como no es la vez primera que aquella interesante jóven se ha presentado á sus ojos, ha calculado que puede especular con ella mas ventajosamente que lo ha hecho con todas sus galas. Apartemos la vista de un cuadro que empezó á bosquejar un ministro injusto, y en que da la última pincelada la seducción triunfando de la necesidad. Este no es el siglo de las Porcias y las Lucrecias.

La escena que nos aguarda es mas animada todavia; contemplemos con atencion á la maja que se nos presenta, con un historiado *marsellé* en la mano, rebotando de alegría y descaro por todas sus coyunturas. ¿Sabéis lo que vende esta muger? Un regalo que hace pocos dias hizo á su marido otra de la misma calaña. Y ¿sabéis para qué le vende? Para llevar á los toros al *chulillo* que la aguarda en la esquina inmediata. No se para mucho en el valor de su mercancía: en sacando para dos tendidos, el alquiler de la calesa y unos cuartos para las avellanas ó naranjas de costumbre, está hecho, como ellas dicen, el *avío*. Esta aventura se desenlaza con la solfa nocturna que suele el marido ensayar en sus espaldas.

¡Hola! ¡hola! tambien parece que los niños se desentulan á hacer su visita al *ropavejero*. Efectivamente. Ved con qué cautela se acerca á aquel rapaz, que no parece sino que su padre le viene siguiendo las pisadas. Es un alumno del colegio de humanidades inmediato, que en lugar de asistir al aula, se esconde bonitamente y como quien no quiere la cosa á un villar no distante la mayor parte de los dias á dar su leccioncita de villa y carambola con otros cuantos galopizuetos como él. Hoy no ha podido abrir la cómoda ó el cofre de su madre, ni coger, sin que se perciba, los pantalones de su padre al tiempo de darle los buenos dias, para extraer de ellos la manodilla de costumbre. Por eso es preciso vender el primer tomo de autores latinos, que le recibe el *ropavejero* de muy buen grado, porque así completa una coleccion con los que otros compañeros del rapaz le han vendido en los dias anteriores, por causas idénticas ó parecidas.

Aquel galancete que asoma por allí tambien viene á presentarse al *ropavejero*. Reparemos lo que nos trae. ¿Un retrato! ¿Qué perfil tan bello y tan acabado nos presenta! ¿Queréis saber de quién es esta alhaja? pues continuad en la tienda algunos dias y vereis el menos pensado desmayarse en ella alguna Dulceina, cuyas facciones tal vez to os serán desconocidas, al grito de *¡pérfido Alfredo!* ó otro semejante. ¿Qué ha de hacer un jóven de ideas romancescas, sino desmayarse al vislumbrar una de sus prendas de amor figurando entre los peluquines y las cacacas de nuestros abuelos! Y despues de estos vendrán en procesion una viuda, un esclaustrado, una rámera, un cesante, un jugador, con sus rostros cadavéricos y desencajados, por el vicio unos, por la miseria todos. El *ropavejero* sin embargo asistirá con faz risueña al espectáculo repugnante de tanta calamidad reunida, y allí tendrá por fuerza que aprender infinita filosofía.

Pero á tanta costa no queremos la ciencia; apartémosnos, pues, de tan fatal teatro, pidiendo al cielo que nos liberte de representar en él cualquiera de sus escenas lamentables.

GERÓNIMO MEXÁN.

Un lance de honor.



El desafío reñido, que aquí presencian ustedes, dejó á la pobre Mercedes sin galán y sin marido.

Que entre gente encopetada y caballeros de nervio, dice un antiguo proverbio, la mejor razon, la espada.

Y si en los lances de honor, segun me ha dicho mi suegro, se da la razon á un negro como quede vencedor.

Diganme ustedes por Dios ¿quién tuvo razon, señores, quedando entrambos á dos vencidos y vencedores?

WENCESLAO AVILA DE IZCO.





CON satisfacción ha tenido el DÓMINE LUCAS en la adquisición de esta leyenda, en la que su autor, el festivo y satírico escritor de LA RISA y otras publicaciones del mismo género, manifiesta de lo que es capaz su talento. Conocido y apreciado el Sr. Ribot en España por sus composiciones anteriores, no nos detendremos a hacer un análisis de sus trabajos, que el público ha juzgado ya, y cuyo homenaje de sincero cariño reservamos para cuando este aventajado poeta nos favorezca con una colección de sus obras. Cumpliremos hoy un deber no solo de

amigos, que nos honramos de que el Sr. Ribot nos tenga por tales, sino de jueces imparciales, al recomendar el poemita que a continuación insertamos, tanto más cuanto que esta ocasión nos proporciona el medio de censura a los que debiendo tender una mano protectora a la juventud laboriosa, parece que se complacen en abatirla, favoreciendo únicamente a determinado número de personas, ya por pertenecer a una pandilla política, como si esto tuviera aplicación en cuestiones literarias, ya por otras causas menos nobles.

Decimos esto porque tenemos entendido que el Sr. Ribot, al venir a Madrid, no conociendo el terreno que pisaba, y juzgando por su corazón el de todos, presentó la leyenda de que vamos hablando al Liceo Artístico y Literario, para optar a uno de los premios florales que da de vez en cuando esta sociedad. Sucedió más de lo que era de esperar; porque si hubiera habido competencia literaria, ciertos estamos de que el premio no sería nunca de Ribot ni de otro que se le parezca en antecedentes, conociendo como conocemos los de los censores del Liceo. Pero rayó más alta la injusticia: a un autor de los no afiliados en la bandera de los manipulantes, era poca hacerle un desaire si con el desaire no iba mezclado el agravio, y en efecto por agravio reputamos el desaire que los liceístas hicieron al Sr. Ribot. La única composición que se presentó para el premio floral, en la parte poética, fué, *D. Juan de Lanuza*, y sin embargo se repartieron las flores según costumbre a los que habían trabajado en declamación, música, pintura, etc. y la que debió darse a la poesía por no concederla a Ribot se regaló a la primera señorita que se puso por medio. Era más disculpable la parcialidad de los que tal hicieron, cuando entre dos ó más composiciones se inclinaron en favor de algunos de sus adeptos; pero no habiendo otra obra en competencia con esta, que si no está exenta de defectos, tiene no pocas bellezas que los eclipsan, negarla el premio a que era tan acreedora, permitásenos decir que fué una insigne villanía. Si el Sr. Ribot se hubiera aconsejado del que estos renglones escribe, no hubiera dado un paso tan infructuoso para todos los que son independientes como él, porque la amarga experiencia nos ha hecho conocer «entre qué gente vivimos.»

Creemos que el público juzgará como se merece esta leyenda que por ser algo larga sentimos no poder insertar de una sola vez. La riqueza en las imágenes, la gala en las descripciones y la entonación ora caballeresca, ora épica, pero siempre robusta y sostenida, son dotes recomendables en la leyenda del Sr. Ribot. Si a esto se agrega la fluidez y la naturalidad en la versificación que tanto caracterizan sus obras, aunque haya tal ó cual descuido de forma, medido con todo el rigorismo quijotesco de los clásicos, ¿quién no conoce que el *D. Juan de Lanuza* no es composición digna de un desaire?

Bien conocemos que algunos de los que debían dar su voto acerca de esta bella composición, podían tal vez considerarse aludidos en algunas de las ideas que en ella se vierten; pero ¿es esto culpa del poeta? ¿Es culpa del poeta que las circunstancias de la época á que la leyenda se refiere, guarden alguna analogía con las de la época actual? El señor Ribot se ha casi estrictamente ceñido á la exactitud histórica, y si entre los tiempos de *D. Juan de Lanuza* y los actuales se observan algunos puntos de contacto, poco diestros anduvieron los señores del Liceo en hacer en la época actual objeto de una leyenda al desgraciado Justicia de Aragón.

Peró prescindamos de la causa del desaire, y demos el parabien al Sr. Ribot, que si un mezquino espíritu de pandillage no le ha dejado obtener el premio, puede quedarle la satisfacción de haberle merecido.

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

D. JUAN DE LANUZA, JUSTICIA MAYOR DE ARAGON.

Leyenda.

I.

Temán los privados, temán
de los tronos los reflejos,
porque alumbran desde léjos,
peró de muy cerca quemán.
Y el que con ansiedad terca
busca del rey las privanzas,
se rodea de asechanzas
y de peligros se cerca.
Antonio Perez, valido
de la augusta magestad,
cuya férrea voluntad
jamás el flauto ha torcido;
ministro de un rey que brilla
como nunca brilló un rey,
pues al orbe impone ley
con los tercios de Castilla:
envidias escita, y luego

con su privanza provoca
las calumnias que en la boca
tiene siempre el palaciego.
Terribles sus bríos son,
peró Felipe segundo,
de caracter iracundo
y acerado corazón,
con solo un dedo le ahurra
si sobre él un dedo sienta,
y con un soplo si alienta
le deshace como espuma.
Entre soberbios tapices
pasó ayer horas de gozo,
y hoy cuenta en un calabozo
sus instantes infelices.

Cual reo de estado preso,
le aguarda muy dura suerte;
peró el temor á la muerte
su ingenio aguza travieso.
Desde su lóbrega estancia
pronta evasión se procura,
y hurla su travesura
de todos la vigilancia.
Galatayud le da asilo,
mas su suerte es tan ingrata,
que ni en sagrado Zapata
quiere dejarle tranquilo.
Zapata gentes levanta
pagadas á sus espensas,
mas, vanas son sus ofensas,
que sus calculos quebranta
Juan de Luna, que es señor
de Purroy, de donde saca
cuarenta hombres con que ataca
al despiadado agresor.
Preso dos dias despues
y á Zaragoza llevado,
en la cárcel visitado
Perez de los nobles es;
y bien pronto su elocuencia
y su estilo cortesano
del pueblo zaragozano
le dan la benevolencia.
De Bearne con la princesa
mantuvo un trato fatal,
y por esto al tribunal
del Santo Oficio le pesa
en la Manifestacion
verde, pues es su deseo
en las mazmorras al reo
hundir de la Inquisicion.
Del infeliz se apoderan
los crueles inquisidores,
que apacentar sus furoros
en el desdichado esperan.
El pueblo indignado brama,
y de venganza sediento,
se arma luego y turbulento
á Antonio Perez reclama.
A manera de turbien
ó de mar que el viento irrita,
feroz murmura y se agita,
y amagos sus gritos son.
Cuesta al Santo Oficio rara
su crueldad inoportuna,
que el pueblo se desayuna
con la sangre de Almenara.
Los inquisidores huyen
al invadir sus hogares
las mil turbas populares
que cuanto tocan destruyen,
y que cobran desarrollo,
y que hierven afanosas,
cual las olas borascosas
al rededor de un escollo.
Los inquisidores ceden
del pueblo á las exigencias,
porque temen sus violencias,
y resistirlas no pueden.
Mas no por esto abandonan
los temerarios su empresa,
que aunque perdieron la presa
recuperarla ambicionan.
El tumulto se aplacó,
y mientras del campo dueño
todo el pueblo tomó sueño
sobre el laurel que alcanzó,
imprudentes magistrados
de nuevo á Perez prendieron,
y al tribunal le volvieron
de su escolta acompañados.
Gil de Mesa, que el primero
esta triste nueva supo,
aparece con un grupo
de zaragozanos fiero,
que le escucha con afán,
y se embravece á su voz,

como el piélagos al feroz
 impulso de un lucacan.
 En la voz del orador
 furor y venganza bebe
 toda la sangrienta plebe,
 que forma un sordo rumor,
 una algaravía ingrata,
 un murmullo que da miedo,
 y del arco de Toledo
 la bóveda lo dilata.
 Nadie á contener alcanza
 el ímpetu de la gente
 que, á manera de un torrente,
 hácia la cárcel avanza;
 y al llegar «no mas traidores»
 va gritando furibunda,
 y en muy poco tiempo inunda
 el atrio y los corredores.
 Ninguno la puerta atranca
 de la cárcel, resistencia
 nadie opone á la violencia
 que de ella á Perez arranca.
 Puesto el preso en libertad,
 es vitoreado, y despues
 bajo el pabellon frances
 va á buscar seguridad;
 pues temiendo otra refriega
 en su patria, pide al cielo
 le conceda extraño suelo
 la paz que el natal le niega.
 Que del furor se emancipe
 del rey desea Aragon,
 mas ¡ay! ¡cuán terribles son
 las venganzas de Felipe!

(Se continúa.)

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

Cuento epigramático.

Una manola muy fea
 dijo á un torero, algo mas:
 — Vaya V. con Dio, gormosa.
 Vuelve el chulo cara atrás,
 y entendiendo que era pilla,
 viódo á su imagen, su igual,
 la contestó sonriendo:
 — Sobre que siento, á fé e Blas,
 no puedo irir otro tanto;
 con que, águir.... y naiz mas.
 Puesta en jarras la manola
 repuso con brevedad:
 — Pus mienta osté como yo
 só.... estampa e Satánus.

José Segundo Floruz.

PALMETAS.

EL DÓMINE LUCAS Y CARTAPACIO.

Diálogo V.

Cartapacio. — ¡Y me sale usted luego con que en España no se lee! Para convencerse de lo contrario no hay mas que ver las obras que se publican. Diez Judios errantes se traducen á un tiempo.

Dómine Lucas. — Lo que eso prueba es que en España se escribe, ó mejor diremos se dispara mucho desde que todo se imprime, y que los escritores están por lo errante.

Cartapacio. — Sobre que se me ha entrado en el magin la idea de meterme á escritor ó impresor todo en una pieza.

Dómine Lucas. — ¿Y le parece á usted fácil eso?

Cartapacio. — ¡Toma si lo es! Sin calentarse la mollera puede uno enriquecerse, como hacen mas de cuatro tagarotes que en su vida las han visto mas gordas.

Dómine Lucas. — ¿Pues que hacen esos trufaldines?

Cartapacio. — ¡Ahí es nada lo del ojo! Puede decirse que andan á caza de gangas, aprovechándose de ajenos pensamientos. ¿Tiene aceptación una obra cualquiera de otra imprenta? Publicanla mas barata y Cristo con todos.

Dómine Lucas. — Ésa es poca delicadeza, señor CARTAPACIO, y aun así, solo podría egecutarse con obras anti-

guas ó traducciones; pero no con pensamientos originales de otros.

Cartapacio. — Ya veo yo que es usted un bendito de Dios. En este mundo no se necesita mas que descaro para hallar remedio á todo. Supongamos que, escribiendo la vida de un personaje, hace su agosto algun historiador..... Pues bien, coge usted la misma historia, le altera algunas espresiones, y la da como de propia cosecha, sin andarse con repulgos de empanada.

Dómine Lucas. — Pues dígame á usted que por mucho que eso se disfrace, no es mas que un solemne robo; pero tambien para hacerlo se necesita cacumen, que no es tan fácil como á primera vista parece eso de añadir, quitar y variar frases ajenas, porque al cabo los remiendos de un mal sastre, en una pieza bien acabada, siempre saltan á la vista. Y ya ve usted que cuando uno escribe mal, se le vapulea de lo lindo, y una crítica justa y severa le deja sin resuello al mas pintado.

Cartapacio. — Ya se ve, cuando el mas pintado tiene vergüenza; pero sino la tiene contesta en malos rasguños aquello ya tan manoseado como la saya de Inés.

Dómine Lucas. — ¿Y qué contestacion es esa?

Cartapacio. — Que el crítico es un necio, un envidioso, un Zoilo..... Que nosotros somos la luna y él un perro que la ladra, y que sé yo cuantas sandeces mas, concluyendo con una coplita de Moratin, que es el paño de lágrimas de los tontos que carecen de ingenio hasta para hacer cuatro versos ramplones. Digo á todo el que me censure:

«Tu crítica majadera
 de los versos que escribí,
 Pedáneo, poco me altera,
 mas pesadumbre tuviera
 si te gustaran á tí»

Con esto queda aplastado el crítico, por mas razon que tenga, y nosotros los bolos seguimos en zancos, escribiendo impertérritos como este aficionado.



Dómine Lucas. — Tontas ilusiones, amigo mio: el público está bastante ilustrado para conocer el mérito de las obras, y es difícil que se suscriba á las que le apsten.

Cartapacio. — No es tanta la ilustracion del público, que no se hallen aun medios para embaucarle, y uno de los que surten mejor efecto es el de las rifas. Así pues, por mala que sea una obra, cómpranse unos cuantos billetes de la lotería moderna, que al cabo cuestan una bicoca, y se rifan entre los suscritores. Ya sé yo que raya casi en lo imposible ganar algun premio por medio tan difícil, porque no solo se necesita primero adquirir la propiedad del billete por sorteo, sino que luego es preciso que aquel billete salga premiado, y eso de obtener dichas á PARKS es

gracia exclusiva de los maridos zanguangos, como el que ven ustedes tan grave y serio, machacando ajos, á continuación.



Dómine Lucas. Horripilado estoy de oírle hablar á usted en esos términos, CARTAPACIO mío. ¿No considera usted que no solo es un desdoro para las bellas letras publicar una obra cualquiera acompañada de una rifa, sino que hasta es un insulto á la ilustración del pueblo?

Cartapacio. ¿Un insulto?

Dómine Lucas. Un insulto, sí señor, pues se supone que no le mueve á suscribirse el anhelo de instrucción, sino el aliciente de un premio pecuniario, en cuya realidad solo puede creer un alma cándida é inocente. Además, querido mío, es fácil que aun esta vea á lo mejor burladas sus esperanzas, porque yo no sé como el gobierno tolera semejante abuso, cuando para toda clase de sorteos se necesita su permiso; y el día en que el señor Director general de loterías despierte de su letargo, todos los bobos que esperan su fortuna de ciertas suscripciones, vayan á quedar á la luna de Valencia.

Cartapacio. ¿Qué me dice V., Dómine del alma mía?

Dómine Lucas. Lo que usted oye; pero no es esto lo peor, sino que la imprenta, esa institución hermosa, barómetro infalible de la civilización de los pueblos, se envilece y degrada, con la introducción de semejantes abusos. Mañana ó el otro se publicarán las obras de Lope de Vega ó Jovellanos hermanadas con la rifa de un carnero ó de algún cerdo, y los extranjeros que acechan todas las ocasiones de ponernos en ridículo, esclamarán en tono de triunfo: «Lope de Vega con un carnero!»; «Jovellanos con un cerdo!» Dís los cria y ellos se juntan. Yo soy muy español, amigo CARTAPACIO, y me conduelo de que se llamen españoles los que así envilecen las letras de su país.

Y declaro á todo vicho que así degrada la imprenta, guerra atroz, guerra sangrienta, guerra sin piedad. He dicho.

Hemos visto los dos números del *Tocador*, *Gaceta del bello sexo*, periódico semanal de educación, literatura, anuncios, teatros, y todas dedicado á las damas, que se publica en el establecimiento tipográfico del Señor Manini. El buen desempeño de las materias que abraza esta publicación, y el lujo y perfección que se nota en los figurines y todo lo correspondiente á la parte artística, además del precio tan módico de suscripción, hacen recomendable este periódico consagrado á la parte mas bella de la sociedad.

Sabemos que el Señor Manini, agradecido á la buena acogida que tan justamente ha merecido este *Semanario* y para complacer á la mayor parte de señoras suscriptoras que lo han solicitado, va á disminuir la parte del texto, aumentando en su lugar, dos figurines mas cada mes sin alterar los precios de suscripción, apesar de esta notable mejora.

— En Lora se publican dos periódicos, el *Marañón* y el *Guadalquivir*, que recomendamos á nuestros lectores.

— En Vinaroz, villa que se ha distinguido siempre por su ilustra-

ción, acaba de establecerse un gabinete de lectura, donde se reúne la juventud. Los aficionados dan funciones en aquel hermoso teatro.

TEATROS.

DESDE últimos del próximo pasado mes en que se representó la comedia *Periquito entre ellos*, del acreditado poeta Don Miguel Agustín Príncipe, yacen los teatros principales en mortal parasismo. Solo el teatro del Circo da señales de animación, de vida. La empresa se desvela por complacer al público, y el público premia con su concurrencia y sus aplausos los desvelos de la empresa. El magnífico y suntuoso baile de la *Linda Beatriz*, ha sorprendido por todos conceptos. La *Stephan*, siempre aerea, siempre divina, siempre complaciente y amable con el público, ha sido aplaudida con furor, no solo en la graciosa *Polka*, sino en todo el baile, habiéndose esmerado todos sus compañeros en contribuir al éxito brillante de tan grandioso espectáculo. El Sr. Valero se esmera igualmente por presentar novedades. El público recompensa con inequívocas muestras de aprecio los afanes de este laborioso y entendido actor. Al entrar este número en prensa, hay anunciadas varias comedias originales. Entre otras *Dios nos libre de una vieja*, en tres actos y en verso de nuestro colaborador el Sr. Aguayo de Izo, y *Cuidado con las amigas* del Sr. Bretón de los Herreros. Daremos cuenta de estas y demas novedades en nuestro próximo número.

UN CONSEJO SALUDABLE.



Niñas de mi forzon,
sed amables, complacientes,
y no perdais ocasion;
que el bello sexo sin dientes
está tocando el violon.

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

EPIGRAMAS.

Tuerto á Blas han pintado, calvo y chato,
y le han hecho favor en el retrato.

A. RIBOT y FUSTIERÉ.

Juana me hizo la merced
de decirme, y no es embuste:
«venga usted cuando usted gaste
porque esta casa es de usted.»

Como yo estaba de trueno
y vale un millon quizá,
dige: «Señora, ¡ojalá,
que usted me lo hiciera bueno.»

JUAN MARTINEZ VILLERGA.

Dióle á un mendigo Bartolo
un pantalon destrozado,
diciendo: no lo ha llevado
sino dos veces tan solo.

¿Dos veces? dijo el pobrete:
y exclamó el otro: ¡sí á fé!
pero una vez lo llevé
seis años, y la otra.... siete.

MIGUEL AGUSTIN PRÍNCIPE.

De la cortesana Luísa
diez hombres iban en pos,
y ella dijo con sonrisa:
«no tengan ustedes prisa,
que para todas da Dios.»

GERÓNIMO MORÁN.

Madrid.—Sociedad Literaria.—1844.

Imprenta de D. Wenceslao Aguayo de Izo, calle de S. Roque, n. 4.